

ACERCA DE LA APLICACION DE LA SOCIOCULTURA TRADICIONAL EN LA EDUCACION DEL NIÑO

Prof. Juan Estanislao Pérez

Universidad Educares

El objetivo fundamental que busca, en su verdadero y auténtico sentido, la acción que desarrolla el educador en el aula y que es trascendental por su implicancia en el comportamiento social, es despertar y desarrollar en el niño su sentimiento de identidad respecto de su propio medio, haciendo crecer en él, desde el conocimiento y comprensión de sí mismo, la relación dialógica con los otros miembros de su sistema socio-cultural, con la naturaleza, con el mundo y con Dios.

Es este un objetivo irrenunciable, porque el proceso educativo cumple cabalmente su función en cuanto instala al educando en la realidad que habita, y este estar instalado en la realidad, que se manifiesta desplegándose a través de las distintas y expresivas modalidades que hacen posible el habitar, y al que aspiran todos los hombres indiferenciadamente, acontece desde la identidad. Ella se constituye en el camino por el cual el niño transita hacia la realidad; es el vehículo que lo conduce a la comprensión de los códigos culturales que configuran la realidad en la que se halla inserto, vivenciándola, y que emergen de la conceptualización de las situaciones de mayor relevancia que ella ha experimentado y que la han llevado a constituirse y sostenerse como tal. Lo guía al descubrimiento de los significados básicos de esos códigos y de las multivariadas modalidades que se originan en la relación hombre-medio, al mismo tiempo que lo impele a codificar la realidad desde su particular modo de experienciarla, sistematizando así las adquisiciones que surgen de la práctica social y sobre la cual se organiza la cotidianidad.

La identidad colabora para que el niño desarrolle su percepción acerca de lo que es real; lo hace consciente de su ser social y lo conduce a un conocimiento más global y a una comprensión más efectiva de su multifacética realidad.

La identidad es la expresión abierta y pluridimensional por medio de la cual el hombre totaliza su experiencia del ser persona, su singularidad, su autonomía, su responsabilidad y su libertad. En la identidad el hombre explicita sus modos particulares y específicos de estar instalado en el mundo, con los otros y en los otros, asumiendo responsablemente los actos que origina creativamente.

El sentirse identificado implica experimentar una relación afectiva de pertenencia recíproca - noción planteada por Manuel Dannemann- con los otros en un universo determinado que se revela natural, socio-histórico y culturalmente. Desde la identidad surge el arraigo, estableciéndose entre ambos una sólida relación de interdependencia. El arraigo resulta ser la expresión más alta y fecunda de la identidad. Interpela al hombre para que se torne a sí mismo desde sí mismo y desde allí, desde su interioridad, haga más efectivo su

modo de vivir social, que es, en última instancia, el único modo que lo humaniza por cuanto sólo es en la práctica de los comportamientos socioculturales comunitarios, en donde se produce el verdadero encuentro con los otros en la solidaridad y en el compartir.

Potencializa la capacidad del hombre para un eficiente desempeño social, transformándolo en actuante consciente y activador de su cultura en oposición al desarraigo en donde -por carecer de identidad y, en consecuencia, de realidad -, el hombre se queda atrapado en el sujeto~objeto a la intemperie, orillando la realidad y de espaldas a ella. Desde el arraigo, en cambio emerge el hombre humanizado, solidario, integrado, abierto al cambio y capaz de asumirlo de manera crítica, responsable y creativa. Surge el hombre que se compromete con los otros en los fines y objetivos que perfilan su comunidad. El hombre arraigado es futuro en sí mismo, porque es capaz de prometer y de comprometerse.

El arraigo conduce a la transformación del ser dirigido en el ser autodirigido; del ser-objeto en el ser-persona. La identidad, en cuanto arraigo, conduce a la libertad.

Ella evita la “precariedad del desamparo”, en palabras de Fidel Sepúlveda, porque el hombre está instalado en su medio, apropiado de su entorno, sosteniendo un vital proceso nutricional de retroalimentación, y puede ampliar su horizonte en su permanente búsqueda por enriquecer sus modos de vida, integrando los aportes de la ciencia y de la tecnología moderna y elaborar modalidades de configurar el mundo, proyectarlo, vivenciarlo y evaluarlo desde una perspectiva más profunda, específicamente más humana.

Hacer más humano el mundo desde la comprensión del hombre y su relación con el medio, supone reorientar el proceso educativo para que considere selectivamente los objetivos y contenidos que configuran el medio natural y sociocultural tradicional, en el que se desenvuelve la vida del niño, para que éste los aplique en su proceso de aprendizaje con el fin de que emerja su sentimiento de identidad. Supone elaborar estrategias metodológicas adecuadas para que el proceso y sus contenidos tengan verdadero sentido en las estructuras y categorías propias del niño por sobre las del educador, estimulando su pensamiento divergente; supone facilitar el desarrollo de su imaginación, fuente originaria de la creatividad que es, a su vez, el ejercicio pleno y fecundo de la libertad; estimular la sensibilidad de sus sentidos y ampliar su dimensión afectiva, enriqueciéndola y proyectándola en la práctica del amor.

En otras palabras, supone transformar al niño, convirtiéndolo en el verdadero protagonista del proceso educativo; mientras que su medio -y especialmente su aspecto más distintivo, que es la sociocultura tradicional-, se transforma en los objetivos y contenidos de su proceso de aprendizaje.

En los objetivos y contenidos que articulan y fisonomizan su universo sociocultural tradicional, los educandos deberían descubrir las fases por las que ha transitado su comunidad en su humanización, además de los valores que subyacen en sus modelos y contenidos culturales. Ellos deben ser conquistados por los alumnos, conservados y acrecentados en acciones revitalizadoras, para que los orienten en la elaboración de propuestas creativas, que respondan a las exigencias que enfrentarán según las respectivas prioridades que vienen directamente ordenadas por su realidad. El niño crece en el

transcurso de su proceso educativo en los comportamientos socioculturales que le son pertenecientes y respecto de los cuales conduce sus acciones; por eso es conveniente aplicarlos en su proceso de aprendizaje, posibilitando que el niño crezca emergiendo desde su propia originalidad.

Como resultado de las múltiples interacciones experienciales surgidas de los encuentros personales, y constituida en la instancia social en donde ocurre la humanización del hombre, la comunidad es básicamente educadora y todos los seres humanos logran experiencias educativas en su seno. El hombre se educa y se humaniza en la práctica de su ser - en - comunidad, exponiendo y compartiendo su existencia con los otros en el ámbito de una compleja red social con características distintivas. La comunidad muestra su dimensión educativa en los innumerables modelos pedagógicos que se observan, tanto implícita como explícitamente en su devenir cotidiano. Lamentablemente las diferentes propuestas educativas han desdeñado esta rica vertiente, tendiendo a la ruptura de la relación identificadora que debería ser desarrollada y consolidada en el niño.

La consideración de las particularidades y especificidades del entorno físico-socio ambiental en el que vive el niño, es un factor de suma importancia de tener en cuenta en la elaboración y aplicación de un programa educativo, aún cuando este marco contextual sea distinto de aquél respecto del cual proceda el educador, evitando, a través de metodologías adecuadas, que se genere en ambos una concepción etnocentrista que interfiera el proceso de identidad.

El niño se encuentra sujeto a tensiones e interrogantes de un mundo que se le muestra en crisis, heterogéneo y hasta disímil. Es innegable que cada vez más, y por diversas razones y medios, se tiende a borrar fronteras para dar paso a la estandarización, buscando interiorizar en el niño modelos estereotipados y con contenidos ajenos a su realidad que apuntan directamente al desencuentro y, sin embargo, es innegable también que cada vez más, con más urgencia y con mayor fuerza, el hombre es convocado por su comunidad al encuentro y reafirmación de su identidad. La educadora Ester Precht ha señalado acertadamente que «mientras menos fronteras, más identidad necesita el hombre». Es un imperativo de la hora presente re-semantizar el espacio desde la cultura tradicional, aplicando correctamente sus contenidos en el proceso educativo, poniendo énfasis en alcanzar mayores niveles de humanización del hombre desde la identidad, rearticulando sus significaciones sociales.

La comunidad educa en el cumplimiento de su fin último que es la humanización del hombre y lo hace en el amor que es su pedagogía, desarrollando y acrecentando en él su ser en y para los otros; es decir, lo insta al despliegue expresional de sus sentimientos por sobre el fortalecimiento de su racionalidad porque ya lo sabe racional. En el ser en y para los otros el hombre se es para sí mismo

La comunidad no educa para el éxito porque así se abre vías a la competencia y la competencia es, siguiendo a Humberto Maturana, la negación del otro; esto es, la invalidación del ser persona que es, en último término, un acto deshumanizador. La comunidad educa en solidaridad, en el aceptar, acoger y en el compartir con el otro dentro de un contexto natural y socio-histórico cultural. Los ejemplos que la comunidad muestra al

respecto, a través de marcos situacionales recurrentes, son innumerables, especialmente aquellos que se caracterizan por su tradicionalidad porque es en ellos en donde la especie ha producido los resultados más significativos de su experiencia en la práctica del amor. De aquí se deriva la importancia de la identidad y del rol que desempeña en la vida del hombre, y la necesidad de desarrollarla en su infancia y consolidarla.

En la humanización del hombre la comunidad se confirma a sí misma humana y humanizada. El ser comunitario, el ser humano, se presencializa en el encuentro personal que se da en la comunicación dialógica que se suscita en el reconocimiento del otro.

Desde aquí se interpela al educador acerca de su compromiso con el desarrollo del proceso de identidad del niño.

Las propuestas curriculares que apuntan a la necesidad de considerar los contenidos del medio en la formación del niño, no ponen lo suficientemente de relieve lo que de específico tiene el entorno, aquello que hace posible diferenciarlo de otros, incluida la parte del ambiente natural propiamente tal y que constituye el soporte de un pensar propio de una cultura y sociedad determinadas. El medio que habita el niño se caracteriza por poseer una sociocultura tradicional -o cultura folklórica- que es el componente constitutivo básica de la sociocultura total que opera en la comunidad.

Es el registro de la experiencia humana en donde se ha codificado la relación dialógica, interactuante y revitalizante del hombre, estableciendo su vida individual y social. Es un potente factor caracterizador de una comunidad humana, al mismo tiempo que su elemento más diferenciador respecto de otras.

Constituye el núcleo del sistema ideacional-conductual y fisonomiza la personalidad básica del grupo, proporcionando elementos que colaboran en la configuración perceptual, esto es, en el modo como se percibe la realidad y como se la ordena categorizándola, y a partir de lo cual se estructura y se organiza el medio. Es la materia prima con que se elaboran las innumerables realidades cuya concertada multiplicidad constituye el universo sociocultural tradicional.

La sociocultura tradicional es altamente identificatoria, distintiva y representativa del grupo social; tiene profunda significación existencial por cuanto configura su patrimonial cosmovisión con sus singulares modalidades y específicos rasgos culturales. Es un campo dinámico de creaciones y re-elaboraciones, generador de la vivencialidad social básica en donde se plasman, sedimentadas, las significaciones de más alta trascendencia que resultan de la experiencia humana.

De ello se deriva la comunitariedad de la cultura folklórica, el ser compartida, modelando gran parte de las actitudes y conductas de cada uno de los miembros que la tienen en común, y se deriva también el que se expresa en un tipo peculiar de comportamientos con un alto grado de cohesión social y de pertenencia recíproca. (Dannemann, págs. 31 - 35). En la comunidad prima una unidad interna que se traduce en la cohesión de sus miembros, originando en ellos su sentimiento de pertenencia, de adscripción y sujeción a las normas, creencias, actitudes y valores que conforman su

sistema ideacional, el cual se sustenta en un «conocimiento intersubjetivo implícito -en palabras de Martinic- que ha circulado tradicionalmente en la comunidad».

Esta unidad interna, que liga a los miembros de la comunidad en el operar con contenidos folklóricos en marcos situacionales